

Índice

Prólogo.....	9
Introducción	
Que nos coja «pensados» y organizados	17
Capítulo 1	
Ética y digitalización: un binomio inseparable	21
Capítulo 2	
Digitalización, identidad y relaciones sociales	75
Capítulo 3	
Sobre el papel de la ética en la digitalización de la educación	141
Capítulo 4	
Sobre el papel de la ética en la digitalización de la salud.....	185
Capítulo 5	
El futuro que nos depara la digitalización	227
Glosario	255
Referencias bibliográficas.....	259
Agradecimientos.....	277

«La preocupación por la tecnología debe entrar en el aula». Esta es la convicción que motiva las páginas del libro que tengo el gusto de prologar, un libro dedicado a orientar y dar ideas sobre la ética de la digitalización. La cuestión que hay que averiguar no es cómo enseñar a las futuras generaciones de alumnos las nuevas tecnologías. Ya hace tiempo que, en el uso estrictamente técnico de los ordenadores, tabletas, móviles y todo tipo de artefactos informáticos, los alumnos superan sin demasiado esfuerzo los conocimientos de los maestros que todavía no son nativos digitales. Lo que hay que enseñar no es la técnica, sino el buen uso de las nuevas tecnologías; este es el aprendizaje que debe entrar en el aula. La técnica nunca es menospreciable por ella misma, al contrario, obedece al principio de mejorar algún aspecto de la existencia humana. Lo que puede ser nocivo es el uso que hacemos de ella, por eso hay que estar alerta y aprender

a defenderse y preservar una cierta autonomía, saber escoger y discernir entre lo que es aceptable sin matices y lo que puede ser perjudicial o peligroso. Enseñar a utilizar las nuevas tecnologías es una manera más de enseñar las diferencias entre lo que se puede hacer y lo que no se debería hacer, por el bien de cada uno y de la sociedad en la que vivimos. Es un nuevo campo que se le abre a la ética.

Ni la ética ni la filosofía en general deben seguirse explicando al margen de la vida. Esta es otra de las ideas que atraviesan estas páginas. Yo, que siempre me he dedicado a la filosofía práctica, es decir, la filosofía de la moral y de la política, no tengo ninguna duda de que la filosofía debe tocar realidad si espera tener algún futuro e interesar a las generaciones más jóvenes. De una manera u otra no podemos rehuir el maldito interrogante «¿esto para qué sirve?» que cualquier persona, y especialmente las más jóvenes, se plantean ante la ampliación del conocimiento. El problema es que no todos los filósofos llegan a comunicar el interés que puede tener el pensamiento en un mundo tan utilitario y pragmático como el actual. Es una obviedad reconocer que hoy no somos contemplativos ni nos atrae demasiado la teoría, nos ponemos manos a la obra, pero también lo es que nos iría mejor si fuéramos capaces de introducir un poco más de reflexión en el análisis de los acontecimientos y las innovaciones. Los autores de este libro lo tienen clarísimo. Son dos filósofos comprometidos en poner la filosofía al alcance de todos y ponerla al servicio de la educación de los más jóvenes.

Todos los cambios que se han ido produciendo en el mundo han afectado los comportamientos de las personas y la ma-

nera de hacer las cosas o de relacionarnos entre nosotros. La imprenta, el tren, el teléfono, la aviación, los medios audiovisuales y tantos otros descubrimientos que se han ido sucediendo a lo largo de los años, han sido decisivos para configurar las diferentes maneras de vivir. Un cambio tan invasivo como está siendo el de la digitalización, no hay ninguna duda de que afecta la identidad de todos, y muy especialmente la que se está formando, la de los más jóvenes. De entrada, la digitalización amplía extraordinariamente las posibilidades de relacionarnos. Posibilidades muchas y muy variadas, lo que no significa que nos comuniquemos mejor, que tengamos más en cuenta a los demás ni que vivamos en un entorno mucho más abierto que el que delimita la geografía. Todas estas cuestiones hay que plantearlas, no con un ánimo destructivo o catastrofista, sino con la voluntad de preservar la autonomía individual, que es lo que nos define como seres humanos: la autonomía y la capacidad de convivencia. Debemos preguntarnos en qué sentido los nuevos comportamientos nos hacen o nos pueden hacer mejores.

Ser una buena persona y procurar que el mundo sea más justo podríamos decir que han sido históricamente los dos grandes objetivos de la ética: la vida buena y la justicia. A lo largo de la historia, los filósofos han dado contenido y explicado qué significa vivir bien y cuáles son los principios que deberían gobernar una sociedad justa. Con los robots, los algoritmos y las redes sociales invadiendo casi cada espacio de nuestra vida, es urgente repensar qué sentido deben tener ahora la vida buena y la justicia. No es lo mismo ser libre hoy que en otras épocas de la historia. Hoy la libertad es un derecho universal, hemos ganado muchos espacios de libertad, pero la libertad debe tener límites. Una vida buena es aquella que

sabe hacer un buen uso de la libertad, sin hacer daño a nadie y también en beneficio propio, de tal manera que la libertad sirva para alcanzar objetivos moralmente valiosos. Dicen nuestros autores: «La inteligencia tiene que ver con una autonomía basada en la capacidad de reflexión, de razonamiento y libre elección, no meramente con la capacidad de repetir unos pasos aprendidos». La pregunta es: ¿quién se toma la molestia de razonar cuando interactúa con las máquinas?

Profundizar en el concepto de *inteligencia artificial* es otra de las obligaciones en las que el filósofo puede aportar conocimiento para ayudar a distinguir la inteligencia humana de una inteligencia que se materializa en algoritmos realmente eficientes y útiles, pero que, por mucho que evolucionen y avancen, nunca tendrán consciencia. Los algoritmos no piensan. Tampoco reaccionan a una realidad que les afecta, como hacen las personas. Ni los robots tienen dignidad ni los algoritmos son realmente inteligentes. Lo son las personas que los diseñan, y solo ellas están capacitadas para evaluar las consecuencias reales o posibles de la aplicación de dichos algoritmos o de la sustitución de humanos por robots.

La vieja máxima kantiana que dice que somos «fines» y no solo «medios» manipulables y utilizables al servicio de cualquier interés particular está plenamente vigente a la hora de juzgar qué hacemos con los algoritmos y, más importante todavía, qué hacen los algoritmos con nosotros. Cualquier búsqueda de Google sirve para suministrar gratuitamente al buscador una serie de datos personales que serán utilizados para ofrecernos más cosas y crearnos más necesidades. El entorno nos influye, siempre lo ha hecho, pero el entorno digital

lo hace de una manera tan sutil que pasa desapercibida para quien no conoce bien los mecanismos de negocio de las empresas digitales. En un sentido nada menospreciable son de gran ayuda, pero se cobran con creces el servicio que dan. En cuanto a la gratuidad de la información, hay que decir que es ficticia; de hecho, cada vez que usamos una aplicación o una plataforma digital, vertemos a la red un montón de datos personales que serán utilizados para servir intereses que se nos esconden. De gratuidad, bien poca.

Las nuevas tecnologías no deberían acabar siendo una especie de prótesis inserida en el cuerpo. El teléfono móvil ya casi lo es. Tener consciencia significa saber distanciarse de lo que pasa, incluso de uno mismo, para poder evaluar y juzgar lo que se hace. Estar conectados no es pensar; la proximidad del móvil no da la calidez de la persona que acompaña; un *like* no es un juicio; un tuit no invita a razonar.

Las generaciones más jóvenes deben construir la sociedad del futuro. Educarlas significa plantearse hacia dónde queremos ir, qué mundo queremos crear. Ya que no todo es previsible, como nos ha enseñado con creces la pandemia de la Covid-19, la formación no puede consistir en transmitir conocimientos cerrados. Con la consigna de aprender a aprender, tan enfatizada por la nueva educación, se subraya el esfuerzo que debe hacerse para que las personas aprendan a enfrentar problemas y situaciones inéditas o imprevistas. La educación debe dar herramientas que después habrá que utilizar en función de las necesidades que se vayan presentando.

Toda innovación tiene ventajas y riesgos. Una buena alfabetización digital, que vaya más allá de las competencias téc-

nicas y que apunte a la formación ética de la persona, debe ser medida y hacer patentes los riesgos sin menospreciar las ventajas. La preocupación ética por el futuro de las personas y de las sociedades muy a menudo desemboca en cuestiones excesivamente apocalípticas. De la reflexión sobre la inteligencia artificial no nos debe dar miedo ni un posible futuro transhumano ni una distópica rebelión de los robots que ponga fin a la naturaleza humana tal y como la conocemos y la entendemos. Los futuros distópicos son una creación de la ciencia ficción: no hacen sino distraernos del aquí y el ahora que realmente nos debe preocupar. No sabemos cuál será la evolución de las nuevas tecnologías; lo que sí podemos decir es que si actuamos con prudencia no dejaremos que nos acaben eliminando del planeta.

Educar significa potenciar lo mejor de cada individuo. Educar en el entorno digital implica no dejar que las tecnologías se usen para hacer surgir lo peor de nosotros mismos. La manera en la que están evolucionando las redes sociales, como apoyo de una comunicación que busca más la descualificación y la aniquilación del otro que la conversación sana y enriquecedora, no permite vislumbrar el mejor pronóstico. Como tampoco invitan a ser optimista las *fake news*, indiscernibles de la información veraz. Son estos obstáculos del día a día, que pueden hacer sospechar de la bondad de las nuevas tecnologías, los que deben estimular una educación activa y valiente a favor de un uso de la libertad que no sucumba a las trampas tecnológicas.

Pau Valls y Júlia Martín, autores de este manual dirigido a fomentar las buenas prácticas, centran todo su discurso en el

valor de la autonomía del sujeto como la condición de posibilidad de la ética. Para que la autonomía pueda seguir siendo el valor máspreciado del individuo, debe estar vinculada a la responsabilidad. Una responsabilidad que nunca tendrán las máquinas, ya que somos nosotros, seres humanos, quienes debemos responder de lo que hagan las máquinas si no queremos dejar de ser lo que somos.

VICTÒRIA CAMPS

Que nos coja «pensados» y organizados

El futuro es tecnológico. La tecnología y la ética deben ir de la mano. Hay que establecer un debate ético y filosófico en la sociedad sobre las consecuencias de la irrupción de la tecnología en todos los ámbitos de la vida: educación, salud, relaciones sociales, medios de comunicación... y es que estamos en la sociedad del «dime qué problema tienes y te diré qué aplicación móvil inventarás». Este debate debe entrar en la escuela, dicen. Pero, de hecho, ya hace tiempo que hay preocupación e interés en bastantes claustros de profesores.

No es difícil imaginar una reunión de claustro de un instituto público convocada por el jefe de estudios de secundaria. Mientras algunos profesores están de cháchara, otros van llegando y cogiendo sitio. Los temas de actualidad, como los recortes en educación, la próxima convocatoria de oposiciones o los cambios en la edad de jubilación, centran la mayoría de

conversaciones. Pero no las de todos, algunos se interesan por el papel que deberá jugar la educación en el nuevo mundo tecnológico de un futuro que ya es presente.

Se dan cuenta de que el progreso tecnológico se acelera y de que los interrogantes y las dudas se multiplican. Aparecen en la conversación problemas conocidos, como la dependencia que los alumnos tienen de los móviles, el ciberacoso escolar, el uso de funcionalidades que se perfeccionan por momentos, como el traductor de Google, el acceso a información poco fiable y otros. Una profesora se duele del caso de una alumna suya: «el curso pasado le diagnosticaron un trastorno de alimentación y resultó que hacía meses que visitaba webs de estas que hacen apología de la anorexia, pero nadie se había dado cuenta».

Los profesores reconocen y defienden las ventajas de los avances tecnológicos, que abren un abanico inagotable de posibilidades, a la vez que son conscientes de que compartir la propia intimidad puede comportar una serie de riesgos para una identidad en construcción, como la de los jóvenes.

Poco a poco otros profesores se añaden al debate improvisado. Dicen que hay que prepararse para el futuro que los alumnos deberán afrontar. La incertidumbre, hacia dónde deben orientar los esfuerzos, los programas, los objetivos. «No nos podemos quedar atrás», dice una profesora, «la escuela no se puede permitir el lujo de quedar al margen de los cambios sociales, y entre estos, los tecnológicos están a la orden del día». Hay que continuar, pues, afrontando los problemas actuales y a la vez pensar los retos y las respuestas del futuro.

«Queramos o no, estamos en la era digital», interviene otro profesor, «convivimos con la tecnología en nuestro día a día, y debemos estar al acecho para hacer un buen uso de ella, seamos

profesores, abogados, farmacéuticos o campesinos». Los retos que se acercan son impresionantes y nada fáciles de prever. Seguramente el pensamiento crítico es ahora más que nunca una herramienta básica. El pensamiento crítico y la ética.

La profesora de filosofía explica un debate surgido en un primero de bachillerato sobre el dualismo cuerpo-mente de Descartes y su teoría del cuerpo máquina. Un profesor, bastante interesado, mete baza: «lo que dices tiene algo que ver con La Mettrie y su concepto de *hombre máquina*, ¿no? Al final viene a decirnos que los animales y las personas no funcionamos de forma tan diferente a una máquina. Es que el otro día lo leí en un artículo¹ sobre robótica e inteligencia artificial». Todos escuchan con interés. La profesora asiente y explica que el debate surgió a raíz de un artículo que un alumno llevó a clase. Uno de los fragmentos decía: «La analogía que Descartes establece entre el cuerpo y la máquina inaugura un nuevo modelo corporal que toma la máquina como análogo, planteando por primera vez un isomorfismo simbólico entre ambas entidades, que será fusión real cuatro siglos más tarde a través de la figura del cibernético». El debate va suscitando preguntas. ¿El cuerpo humano es realmente igual que una máquina? ¿Qué atributos diferencian el ser humano de una máquina, y en qué se parecen? ¿Llegará un día que no podremos diferenciar una persona de una máquina? ¿Los *posthumanos*, que surgirán a raíz de la mejora humana, serán humanos o deberemos llamarles de otra manera? ¿Y los robots autónomos que aparecerían con la hipotética singularidad tecnológica, serían solo robots o se habrían convertido en algo más?

1. AGUILAR, María Teresa (2010). «Descartes y el cuerpo-máquina». *Pensamiento*, 66 (249), 755-770.

Alguien cita a Eduardo Infante, un conocido profesor de filosofía que cambió su manera de impartir la asignatura después de encontrarse con una alumna que miraba por la ventana y, al preguntarle qué era más interesante que la metafísica de Aristóteles, ella le respondió que la vida. «La filosofía debe salir a la calle. En las clases de filosofía de los institutos se debe hablar de lo que interesa a los jóvenes, de sus necesidades, de lo que conecta con sus vidas y con su papel en el mundo». A día de hoy, es innegable que la tecnología es un tema que les interesa, que crea y cambia necesidades, y que el uso que se hace de ella y las finalidades para las que se utiliza definen los propios valores y el propio rol en el mundo. Hay que conectar, pues, el impacto que la tecnología tiene en la vida de los adolescentes con la reflexión ética y filosófica sobre qué tipo de personas quieren ser y cuál quieren que sea su proyecto de cambiar al mundo. El mundo que vendrá, que ya está aquí, debe cogernos «pensados» y organizados.

En este punto, los profesores se dan cuenta de que ya están todos. Empieza el claustro y el debate y las preguntas se aplazan, momentáneamente. Al cabo de unos días, Anna y Roger, los profesores de filosofía y tecnología de esta escuela imaginada,² retoman la conversación, para intentar encontrar respuesta a las preguntas formuladas por sus alumnos, a la vez que analizan el impacto que la digitalización tiene en todos los ámbitos de sus vidas.

2. Hannah Arendt, filósofa alemana, vivió el Holocausto y los excesos científicotécnicos que hubo, y destacó por su reflexión sobre el totalitarismo y la modernidad. Roger Penrose, físico y matemático británico, y Premio Nobel de física, es uno de los pensadores que más cuestiona que la IA sea inteligente.

Ética y digitalización: un binomio inseparable

Tecnoética

ROGER. El futuro de la educación es tecnológico y probablemente la mejor manera de encararlo es a través del debate. Debate y pensamiento crítico. El propio currículum de ESO contempla que la competencia digital sea transversal en todas las materias. Pero esta supuesta «transversalidad del ámbito digital» se presenta como una serie de herramientas tecnológicas para aplicar en las diversas asignaturas, aisladas de sus campos de conocimiento.

ANNA. Exacto. Se contempla con una mirada estrictamente técnica; no se habla en ningún momento de hacer una reflexión ética y filosófica alrededor del uso de la tecnología. Si la sociedad cambia a causa del progreso tecnológico, nuestros alumnos deben tener la oportunidad de debatir a fondo las causas y las consecuencias de ello. Que analicen críticamente

los beneficios y los riesgos del uso de la tecnología. Que hablen de los influentes (*influencers*),¹ de por qué se les atribuye credibilidad y de si realmente buscan las tendencias existentes o las crean; que hablen del odio de los enemigos (*haters*),² o de cómo se sienten los *hikikomoris*³ de Japón. O de si la tecnología incide o no en la forma de comunicarnos e, incluso, de transmitir las emociones. Hasta llegar a conceptos como la *singularidad tecnológica* y la *mejora humana*. La tecnología no tiene que ver solo con el ocio y la moda, sino también con necesidades emocionales, educativas, sociales, políticas... Porque los adolescentes están forjando su identidad, como personas, para las que la aceptación del grupo es esencial, y como ciudadanos, que deben pensar la sociedad del futuro que quieren construir. Tecnología en el aula, sí, pero también actividades, aprendizajes y relaciones que les conecten con el hecho de ser personas y ciudadanos.

ROGER. El debate ético es inaplazable, sin duda. Y no debemos olvidar que el medio digital es, posiblemente, el ámbito principal de comunicación de los adolescentes. Por eso pueden adaptarse a tantos cambios, son capaces de pasar del sistema 4G al 5G en un chasqueo de dedos. Aparte, estoy convencido de que les gusta debatir sobre todas estas cuestiones.

1. Los *influencers* son usuarios de redes sociales que tienen influencia, porque tienen cierta credibilidad sobre un tema concreto (moda, maquillaje, música...).

2. Los *haters* son usuarios de las redes sociales que basan sus interacciones en criticar y menospreciar los comentarios de los otros usuarios.

3. Término utilizado para referirse a los jóvenes que, abrumados por los roles sociales que les impone la sociedad japonesa, rechazan irse de casa de sus padres y se encierran en su habitación en un aislamiento social absoluto que puede durar meses o años. Ya se ha detectado algún caso en España.

El curso pasado, con alumnos de cuarto de ESO, traté algunos temas sobre la digitalización y los impactos sociales que está teniendo. Les ponía ejemplos de lo diferentes que eran las clases cuando yo era alumno y la manera de relacionarse cuando tenía su edad, para que vieran que en un lapso relativamente corto de tiempo las cosas han cambiado mucho, y que habrán cambiado todavía más cuando ellos tengan mi edad. A su edad, nosotros chateábamos con el Messenger y nos parecía el colmo tecnológico. ¿Te acuerdas? El caso es que se generó un debate bastante provechoso de donde salieron muchas ideas y opiniones alrededor de la aceleración del progreso tecnológico que vivimos.

ANNA. Habría que elaborar materiales didácticos para hacer reflexionar a los alumnos sobre los aspectos éticos del uso de la tecnología y de las herramientas digitales.

ROGER. Podrían ser para alumnos de 4.º de ESO, que ya han trabajado conmigo algunos temas de tecno en los cursos anteriores y tienen más competencia digital, aparte de que hacen la asignatura de cultura y valores éticos contigo, y los tendrás después en bachillerato en la asignatura de filosofía. ¿Cómo era lo de: «para que así lleguen a bachillerato “pensados”»? Me recuerda el famoso lema de Picasso «que cuando llegue la inspiración, te encuentre trabajando». ¡Pues eso! Que cuando la digitalización llegue de lleno a sus vidas, les coja «pensados» y organizados. ¿Quizá el tema podría ser la tecnoética? Lo digo porque la tecnoética, quizá no llamada así, pero sí la reflexión sobre los aspectos éticos del uso de la tecnología, se hace desde la Segunda Guerra Mundial. Los primeros pensadores de la tecnoética surgieron a raíz del bombardeo de Hiroshima, porque consideraron que la bomba atómica era la

continuidad del poder totalitario en sociedades pretendidamente democráticas. Dicho de otra manera, la tecnoética es una respuesta al totalitarismo, que es posible gracias al poder que nos confiere a los humanos la tecnociencia, también llamada «ciencia sin consciencia».

ANNA. De hecho, la tecnoética se ha definido como la reflexión eticofilosófica sobre la aplicación de la tecnología en la sociedad posindustrial, una sociedad que, por cierto, ya es más «de la conectividad» que «de la información», y que nos obliga a repensar conceptos morales como el bien, el mal, la felicidad, la justicia, la equidad...

ROGER. Y la eficiencia y la utilidad, también. En esta sociedad de la conectividad hemos dejado de ser ciudadanos que merecen poder vivir una vida digna y de acuerdo con los propios valores, para convertirnos en usuarios o clientes obligados a ser eficientes y útiles.

ANNA. Exactamente. Por lo tanto, la novedad no es crear el marco de pensamiento que propone la tecnoética, sino actualizarlo. En el sentido de que, durante mucho tiempo, se ha considerado que la tecnoética debía basarse en la tecnofobia, es decir, que lo más ético debía ser limitar el uso de la tecnología. En cambio, hoy día se ha asumido que esta respuesta es inviable a la práctica, porque el progreso tecnológico es imparable. No se trata de eliminar la tecnología, sino de valorar qué grado de riesgo estamos dispuestos a asumir. Por lo tanto, la respuesta más realista que puede dar la tecnoética a la tecnociencia debe ir en la línea de juzgar éticamente el uso que hacemos de la tecnología, los contextos que genera y los problemas que crea en función de estos usos y contextos. Como que la tecnología

transforma la vida de las personas, empezando por el hecho de que la *politeia*⁴ de Aristóteles y Platón debe basarse, o debe tener en cuenta, las posibilidades de la tecnociencia. Entonces hay que reflexionar sobre cómo evitar que estas posibilidades nos acaben destruyendo a nosotros mismos, que acaben haciendo que el ser humano mismo se vuelva obsoleto. Pero esta reflexión sobre la obsolescencia humana debe hacerse, insisto, desde los problemas concretos de las personas concretas. No se trata de reflexionar heideggerianamente sobre la muerte, sino éticamente sobre las personas y sus problemas. No se trata de reflexionar sobre la mejora humana como posibilidad abstracta, sino de reflexionar sobre qué mejoras concretas consideramos aceptables o reprobables para cada problema.

Digitalización, ética y relaciones sociales

ROGER. Me planteo algunas cuestiones sobre la necesidad y la naturaleza del material didáctico que queremos elaborar. La primera idea que debería recogerse es que la digitalización es un fenómeno cultural y social, no solo tecnológico. Sí que tiene mucho que ver con la tecnología, pero lo que está haciendo es transformar el resto de ámbitos de conocimiento, la forma de relacionarnos, de comunicarnos y, por lo tanto, de educar. Esto me hace pensar que los alumnos, los adolescentes en general, quizá también perciben la digitalización meramente como un hecho vinculado a la tecnología y no como un fenómeno social, a pesar de estar inmersos de lleno en ella. Si no sabemos qué entienden ellos por digitalización, será muy complicado educarles para que hagan un buen uso de las he-

4. Organización política de la *polis* o ciudad.

rramientas digitales. En otras palabras, yo empezaría la clase preguntándoles: «¿Qué es la digitalización?».

ANNA. Me parece muy bien que se sientan interpelados desde el primer momento; que vean que no vienen solo a escuchar nuestras verdades y que nosotros también estamos dispuestos a aprender de ellos. No olvidemos que, a diferencia de nosotros, ellos son nativos digitales. En relación con la definición que tú propones de la digitalización como un fenómeno social y cultural, yo añadiría que, en consecuencia, tiene implicaciones éticas.

ROGER. A ver, explica eso.

ANNA. La digitalización está ligada a la ética, porque la ética es importante en cualquier área de la vida. Como decía Aristóteles, los seres humanos somos animales políticos (*zoon politikon*), en tanto que somos capaces de forjar relaciones sociales para organizar la vida de la *polis*. Y esta condición es fundamental para construir nuestra identidad. En palabras de Ricoeur, la identidad es relacional. Eso significa que la identidad personal se conforma a través de la interacción social y, por lo tanto, a través de la comunicación con los demás. Y en la comunicación hay malentendidos y malos usos de la información comunicada debido a que cada uno parte de su visión del mundo, de sus valores, de su cultura... En definitiva, los problemas éticos y, por lo tanto, la reflexión ética, surgen en la comunicación, en la interacción, en la relación. Necesitamos la ética para entendernos, para convivir, para relacionarnos.

ROGER. ¿Quieres decir que si fuéramos seres solitarios y viviéramos aislados en lo alto de una montaña, no necesitaríamos la ética? ¿No hay ética personal, entonces?

© del texto: Júlia Martín Badia y Pau Valls Murtra, 2022

© del prólogo: Victòria Camps Cervera, 2022

© de la traducción: Nàdia Grau Andrés, 2022

© del diseño de la portada: Edu Blasi Rovira, 2022

© de la edición: Editorial Milenio, S. L., 2022

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-9743-956-5

DL: L 25-2022

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.